

Éramos una generación optimista

Patricia PENSADO LEGLISE
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA

En la actualidad existe la preocupación por discutir la interacción entre política y ética por parte de historiadores o científicos sociales que se plantean tanto el registro de los movimientos políticos y sociales del pasado siglo XX como hacer inteligible la experiencia en la participación de los militantes de las diferentes corrientes de izquierda en éstos. Este binomio aparece en algunas entrevistas realizadas a militantes latinoamericanos para la investigación titulada “Historias de vida de la participación política y social en la segunda mitad del siglo XX”.¹ Si bien una de las explicaciones puede ser la presencia de corrientes religiosas, como la teología de la liberación y la cultura católica que permeó tanto a instituciones políticas y sociales como a los movimientos, no sería suficiente debido a lo parcial de esta respuesta que no reflejaría la complejidad de esta relación con aquellos que tuvieron otra formación o cultura y que desarrollaron otros valores.

Se ha planteado “que tanto la ética como la política son saberes inductivos extraídos de una experiencia que cuanto más intensa, extensa, variada y crítica más posibilidades de acertar ofrecerá”;² durante mucho tiempo la única forma de acercarse a esa experiencia era mediante manifestaciones externas, es decir, las instituciones, los códigos, la parcelación en naciones y las explosiones revolucionarias. “Monumentos que a pesar de su elocuencia guardan celosamente los secretos de su producción”. Sin embargo, ahora se buscan otras evidencias, las de “carne y hueso que se jugaron la piel en el empeño (de estas actividades)”.³

Al respecto, desde el principio de la realización de las entrevistas, cuando el sujeto narra por qué, cómo, dónde, con quiénes participa y vive la militancia política, la primera referencia es haber experimentado algún tipo de agravio social, vivir la desigualdad o presenciar un acto de injusticia, aunque no necesariamente estos actos fueran dirigidos hacia él.

¹ Me refiero en particular a esta investigación donde nos propusimos recoger testimonios de militantes que pertenecieron a organizaciones de izquierda, con el objetivo de conocer desde el relato individual el proceso que condujo al sujeto a la militancia. Se reunieron historias de vida de cuatro países latinoamericanos (Nicaragua, Brasil, Argentina y México), y para su realización se contó con la participación de cuatro becarios, tres del Colegio de Estudios Latinoamericanos y uno de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, quienes presentarán sus respectivos trabajos de titulación en el nivel licenciatura derivados de esta investigación. Hay que agregar que para su realización se contó con el apoyo del Conacyt, del Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora y de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

² José Antonio Marina, *Los sueños de la razón. Ensayos sobre la experiencia política*, pp. 11 y 12.

³ *Ibid.*, p. 9.

Durante un periodo largo este problema no fue considerado como importante para la izquierda, primero porque se apelaba al espíritu jacobino del marxismo de los partidos comunistas, se criticaba al humanismo burgués y se pretendía que era condición *sine qua non* del militante de izquierda contar con una moral revolucionaria que procuraría siempre el bien de las mayorías.

Para este texto en particular presento una entrevista en que se manifiesta esta interacción entre ética y política, en el momento en que el entrevistado explica cómo inicia y desarrolla su participación política y social a finales de los años sesentas hasta llegar a los ochentas. Así como también cuando reflexiona acerca de las rupturas y los cambios que vendrán en la praxis política y la forma de vivir la militancia de izquierda en las décadas posteriores.

Entrevista y diálogo

Inicié esta serie de entrevistas en septiembre de 2005;⁴ tal y como recordaba al entrevistado, éste se mostró como un excelente conversador, atento a las preguntas de su interlocutor y dispuesto a compartir su experiencia de vida en esta ciudad. En un primer momento pretendía que estas entrevistas se destinaran a un trabajo colectivo que proponía organizar una mesa en un congreso internacional sobre el tema de la percepción y el ser urbano en la ciudad de México en el siglo XXI. Desafortunadamente no pudimos asistir al evento y decidí trabajar esta entrevista que duró cinco sesiones para un texto colectivo que reunirá el de otros colegas del Seminario Permanente de la Asociación Mexicana de Historia Oral con el propósito de aplicar los conceptos experiencia y expectativa en la participación político-social.

Resultó interesante observar en este sentido la manera en que el entrevistado no pudo desvincular su experiencia y expectativa como militante de izquierda a finales de los años sesentas y durante la década de los setentas, para narrar su experiencia urbana en esta ciudad que ha cambiado a una velocidad apabullante.

Al respecto el entrevistado refiere:

“Hay un parteaguas en mi relación con la ciudad y es, no es curiosamente, sino es explicativo, que haya sido en 1968. Primero porque entro yo a la universidad y hay un cambio en relación con mi familia, ya me desplazo libremente, puedo ir de un lado a otro, este, y por otro lado, los acontecimientos mismos del 68 en los que me involucró, me permiten conocer el Distrito Federal... Entonces, encuentro una ciudad que es urbana y en el sentido de su urbanidad es moderna, rodea a un mundo rural campesino, con raíces prehispánicas, que son vigentes, que están vivas, y eso a mí me deslumbra [...] la participación en todo momento te obliga a desplazarte en las brigadas...

Para difundir el movimiento y, entonces, viajas en camiones, eh, viajas con los compañeros que tienen auto, este, en el camión de la misma escuela que lo utilizamos para andar a todos lados, si no pues en bicicleta, a caballo no porque pues no puedes tener un caballo... entonces, la propia dinámica del movimiento te lleva a muchos lugares, este,

⁴ Entrevista a Edmar Salinas realizada por Patricia Pensado, Coyoacán, ciudad de México, los días 7, 13 y 20 de septiembre de 2005 y 13 de marzo de 2006.

la dinámica del movimiento me llevó a conocer la Delegación de Milpa Alta, la Delegación de Tláhuac...”

Situación que no sólo expresa la dimensión que ocupa en la experiencia espacial del sujeto la praxis política, sino que estructura a la vez una de las partes más vitales de la experiencia humana⁵ debido a que la conduce al ámbito de la interacción social diversa, a la acción colectiva en aras del cambio (político, social, cultural), condición que dota de sentido a la existencia, la cual en algunos casos es inducida también por valores éticos que transforman la apreciación de las relaciones sociales y la forma de asumirlas.

En suma, para algunos miembros de esta generación nacida en los años cuarentas y cincuentas, el planteamiento de la relación entre el ser político y social fue un hecho, así como la divisa difundida por el movimiento feminista de finales de los años setentas en México, “lo personal es político”, la cual reflejaba que se comenzaba a incorporar temas de la vida privada a la pública.

Esta generación va a vivir primero en el país la transición de la izquierda comunista de los años sesentas, que a partir de sufrir la derrota de movimientos sindicales fue objeto de una represión brutal, sólo explicable en nuestro país por la coyuntura de la Guerra Fría⁶ que fortaleció las posiciones más conservadoras al interior del gobierno; después las escisiones de las corrientes al interior de los partidos de izquierda que comenzarán a criticar las políticas del Partido Comunista Soviético, tanto al interior de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas como hacia los países de Europa del Este, así como también las directrices internas.⁷ Por otra parte, en el año de 1959 el triunfo de la Revolución cubana dio un viraje a la lucha antiimperialista planteando una vía distinta al socialismo, que muchos de sus seguidores latinoamericanos retomarían para implantarla en realidades cualitativamente diferentes. Situación que provocará el desarrollo del foquismo en el medio rural de algunos países latinoamericanos. Otro acontecimiento, que conmueve y transforma a la izquierda van a ser los movimientos estudiantiles, el mayo francés y el movimiento estudiantil en México, así como las protestas por la guerra de Vietnam y las luchas por el reconocimiento y defensa de los derechos civiles en Estados Unidos. Así como también la efervescencia de la insurgencia sindical y las luchas campesinas de las siguientes décadas, antes de vivir la perplejidad de la desintegración de la

⁵ En este sentido se retoma la definición que Reinhart Koselleck otorga a experiencia —expectativa como categorías históricas que nos permiten explicar e interpretar el espacio de la experiencia a la vez que éste nos remite siempre al de la expectativa, para poder acceder a la inteligibilidad de la experiencia, en este caso de las historias de vida de individuos que en algunos casos su praxis definió los derroteros o desafíos en sus vidas. Véase Reinhart Koselleck, “‘Espacio de experiencia’ y ‘Horizonte de expectativa’”, dos categorías históricas”, en Guillermo Zermeño, *Introducción a la teoría y metodología de la historia de México*.

⁶ A finales de los años cuarentas y durante los cincuentas Estados Unidos dirigiría la llamada Guerra fría, estrategia utilizada por el gobierno estadounidense para conseguir el liderato mundial; este periodo se caracterizó por la difusión de la Doctrina de Seguridad Nacional y la propagación de la política anticomunista hacia el interior y exterior de Estados Unidos. Con respecto a América Latina esta política significó la aplicación de la Ley de Seguridad Mutua, aprobando en 1951 la suma de 38,150,000 dólares para asistencia militar, la cual consistió en “el aprovisionamiento y donación de material militar; 2) la venta de armamento norteamericano a precios reducidos; 3) la preparación y el entrenamiento de oficiales latinoamericanos en Estados Unidos o en el extranjero”, en Claude Heller, “La asistencia militar norteamericana a América Latina: una perspectiva política”, en *Cuadernos del CIDE*, núm. 4, pp. 38-39.

⁷ Ver XX Congreso del PCUS, 1956.

Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en 1991 y la devastación del socialismo que hace que la izquierda entre en crisis.

De tal manera que resulta común el hecho de que militantes de izquierda, al referirse a que cualquier hecho del pasado, aludan a esa praxis que al paso del tiempo se constituye como una forma de ser, estar y hacer en el mundo, haciéndola ineludible en la experiencia del sujeto.

“Existen distintas vertientes que han conducido al sujeto a la necesidad de asumir el compromiso de la militancia política, entre ellas están la experiencia de quien padece directamente la injusticia y se rebela [...] hay también quien accede a la idea de cambiar las cosas a través de una vía que combina la experiencia personal de tu tiempo con la experiencia intelectual, con la comprensión más o menos teórica, aunque no necesariamente filosófica digamos, porque puede ser literaria o qué sé yo, de que el mundo merece ser cambiado porque es injusto. Entonces es difícil determinar cuál de estas razones, o si todas ellas, son las que están detrás de las actitudes de la gente que admite la necesidad de un cambio social pero, en todo caso, ningún cambio social es posible sin una prefiguración de lo que se quiere ir cambiando; es decir, si no se establece un mecanismo, una idea, una aproximación de lo que uno quisiera sustituir de esa realidad, en ese sentido el mundo de las ideas interviene como el gran mediador para poder establecer una relación con el mundo”.⁸

En el caso específico de la entrevista que presento se trata de un intelectual, profesor universitario, que participó en el movimiento estudiantil de 1968, escribió en diferentes publicaciones de izquierda y fue fundador del Sindicato de la Universidad Autónoma Metropolitana.

Durante todas las sesiones que tuve con él, observé el interés que demostraba por ser muy claro en lo que expresaba, así tampoco tuvo nunca ninguna inhibición al hablar, incluso sobre temas de su vida personal, situación que le dio una mayor fluidez a la entrevista.

Hay que destacar el uso que el entrevistado hace de la metáfora, figura poética para enfatizar acontecimientos que fueron trascendentes y que explican las elecciones que va tomando a lo largo de su vida; asimismo, recurre a reflexionar sobre sus relaciones afectivas, para explicárselas y busca hacer inteligible su experiencia para compartirla.

En el relato de vida que hace, la expectativa va ligada a su experiencia, es decir, sus tempranas inquietudes sociales y participación política está acompañada de las expectativas que generan en él la posibilidad del cambio, apareciendo como viable la frase producto del mayo francés ¡A cambiar la vida! y en ella las preocupaciones sociales no sólo como resultado de la política, sino de un *ethos*, de una actitud ética que así como históricamente inspiró las mejores causas de las movilizaciones sociales de esa época, vinculadas a la necesidad de un nuevo proyecto para la humanidad, también alentó “una saga de rivalidades teóricas, resueltas en movimientos políticos que hicieron revoluciones, fundaron Estados y fijaron ortodoxias cuyo trasfondo religioso apenas puede exagerarse, con profetas, escrituras, réprobos, mártires e inquisidores”.⁹

⁸ Ver Tercera Entrevista a Adolfo Sánchez Rebolledo realizada por Patricia Pensado en Jiutepec, Morelos, el 15 de diciembre de 2005.

⁹ Héctor Aguilar Camín, *Pensando en la izquierda*, p. 13.

Ethos y política

Resulta interesante mencionar con relación a este tema del *ethos*, en aquellos que incurren en la praxis política, la necesidad actual de volver a cuestionar la antigua divisa de Maquiavelo “el fin justifica los medios”, es decir, en política de izquierda o derecha, sin importar la corriente “todo se vale”. Condición que ha deteriorado notablemente no sólo la praxis misma sino que sus mayores repercusiones se encuentran en la apatía de la mayoría de los ciudadanos que no encuentran las diferencias esenciales que los conduzcan a tomar una posición y participar más allá de ejercer el sufragio.

En las entrevistas que realizamos, el entrevistado destacó el hecho de que algo que distinguí a los movimientos sociales de la década de los años sesentas del siglo XX fue su dimensión ética, se planteaba además de las demandas asociadas a mejorar las condiciones materiales de vida, ampliar y restablecer los derechos democráticos y las garantías individuales.

Etapa dorada

Habría que especificar que esta narración se construyó de forma cronológica, es decir, el entrevistado comenzó por enfatizar la importancia que tuvo para su desarrollo político nacer en el seno de familias ilustradas y vinculadas al quehacer social y político del entorno rural donde vivieron. Al mismo tiempo indica que su familia era atípica no sólo por el contexto histórico del país a inicios del siglo XX, sino también por las condiciones del entorno rural en el que desarrollaron sus actividades, dirigidas por un pastor anglicano (por la parte paterna) y un masón (por la materna). Condición que a lo largo de las entrevistas reiterará para explicar su participación con la disidencia, en este caso de izquierda, y sus inclinaciones por el arte, la cultura popular y el estudio. Es decir, se trata del caso que tipificamos como el proceso de politización ubicado “en la continuación de la tradición familiar a veces entreverada con algún tipo de organización en particular”.¹⁰

El entrevistado lo explica de la siguiente manera:

“Mi etapa dorada fue mi infancia, por eso, como decía Ocampo, ‘me doblo pero no me quiebro’, por haber tenido una infancia feliz. Soy oriundo de la ciudad de México, nací en el corazón de la ciudad, porque nací en la zona centro norte, soy oriundo del barrio de Tacuba y allí vi la luz hacia el año de 1949, mes de julio, dicen que ese día llovió mucho, que fue jueves y que Dios estaba enfermo.

Nací en el seno de una familia compuesta por mi padre, mi madre y un hermano, nada más tuve un hermano, pero mi papá y mi mamá eran de familias amplias, de familias extensas, de ubicación rural.

Mis abuelos paternos llegaron a un pueblo de Hidalgo, Nopala de Villagrán, en función de una misión que ellos tenían por pertenecer a la iglesia anglicana, ya había una capilla anglicana ahí, había un trabajo previo desde la mitad del porfiriato. Los familiares

¹⁰ Véase Patricia Pensado Leglise y Gerardo Necoechea Gracia, “Memorias de la praxis política”, en *Voces Recobradas. Revista de Historia Oral*, año 11, núm. 24, p. 36.

de mi abuelo (materno) eran rancheros, liberales, masones y fueron soldados del ejército republicano de la época de Juárez y lucharon contra la intervención francesa. Según se dice el abuelo fue grado 32 de los masones. Mi abuela Sara, la mamá de mi papá, me contaba que mi abuelo materno, cuando ellos llegaron, tenía la biblioteca más grande de la región, contaba con una biblioteca de más de dos mil libros que en aquella época era algo inusitado.

La familia de mi mamá tenía mucha cultura, era gente ilustrada, le gustaba mucho leer y gente autodidacta, tenía esa actitud de formarse aprendiendo a leer y a escribir, a hacer el trabajo por cuenta propia, sin esta idea de títulos ni nada, entonces como que esa carga viene y es un tanto subconsciente y uno la va descubriendo con las experiencias de la vida, la va haciendo uno consciente”.

Asimismo, elije una anécdota que vivió con su padre y que corresponde también a la etapa de la infancia para expresar no sólo los orígenes de su afición por la literatura y el trabajo intelectual, sino también el respeto por los trabajos manuales que se convertiría más tarde en la admiración hacia el trabajo fabril y rural.

“Yo recuerdo en una ocasión que mi papá me puso a hacer trabajos manuales, estaba yo en segundo año, le dije: ‘yo no soy bueno para hacer esto, soy muy torpe, a mí no me gustan las labores manuales’, y me dice: ‘entonces qué vas a hacer en tu vida’. ‘Yo voy a ser intelectual, yo quiero ser como Alfonso Reyes, un hombre que haga las mejores letras de México, como los anuncios ésos que hay en toda la ciudad’; entonces se rió mucho y me dice: ‘pues tienes que atender también el trabajo manual, el trabajo manual es útil y muchas cosas más cuando crezcas tendrás que hacerlas, así es que quiero diez en la escuela y quiero que te apliques en trabajos manuales ¡y chútatela!’ Entonces me hizo perder el desprecio por el trabajo manual”.

Ser ateo

Una característica que al entrevistado le interesó destacar fue el hecho de que sus padres los educaran a él y a su hermano como libres pensadores, es decir, sin la educación religiosa anglicana o católica de la que provenían sus padres. Situación que el entrevistado consideró de gran importancia para explicar su adhesión a la ideología marxista, donde encontró valores afines a los transmitidos por sus padres. Por otra parte, en una sociedad tan conservadora como la mexicana en esos años, lo expuso a la crítica y discriminación por definirlo como ateo, alteridad que socialmente no era fácilmente aceptada.

“Cuando yo entré a la secundaria si viví una situación, no se mi hermano, pero yo sí viví una situación de cierto conflicto, porque el conflicto es por qué si mis abuelos son creyentes, mis padres no, o por qué la actitud de mis padres es liberal. Puedo decirte, desde el punto de vista ético, mi papá y mi mamá eran cristianos, desde el punto de vista estrictamente religiosos no. Mi madre tiene la educación católica, mi padre tuvo la educación anglicana y en ese sentido tiene un *ethos* cristiano y eso a todos nos lo transmitieron, o sea yo soy cristiano desde un punto de vista cultural y ético y así siempre me he asumido,

no tengo conflicto, no he asumido el cristianismo como un culto, es la diferencia [...] pero había esa diferencia y esa diferencia fue siempre un problema nunca hablado, una situación de discriminación, en el sentido de distinción, de diferenciación, sí, de que tienen tanta libertad de creer o no creer en dios y eso ya no se puede tolerar para un país como éste...

[...] yo me convierto al socialismo desde un *ethos* cristiano, y en el fondo toda mi militancia es la de un franciscano de la lucha social, o sea, ahí hay un puente ¿no? Yo no puedo haber asumido mi convicción socialista sin ese *ethos* cristiano, sí, eso a mí me queda totalmente claro”.

Primer agravio

Tomar contacto con la realidad social a temprana edad puede influir en las posiciones ideológicas que se van adoptando, cambiando o reforzando a lo largo de la vida. En el caso del entrevistado, era un niño cuando conoce la represión de la que son objeto sus profesoras (quienes defienden sus derechos laborales), la cual fue ejecutada por las instituciones del Estado. Aunado a esto la percepción es más fuerte en él por la explicación de sus padres sobre lo acontecido y por contar en su familia con tíos que se dedican a esa profesión. Seleccionar este recuerdo es un recurso del que se vale para reforzar la explicación que elabora sobre los orígenes de sus inquietudes intelectuales con la izquierda y más tarde su participación política, que comienza en la primera juventud. A continuación elegí tres párrafos de la primera sesión de la entrevista que narran esas primeras experiencias.

“Mi primera experiencia muy directa es de muy pequeño, cuando yo estaba en segundo, tercer año de primaria, que estalla la huelga de los maestros y que entonces cierran la escuela primaria.

Duramos, no recuerdo, si cerca de dos meses y de pronto hacen una reunión, porque hay una represión muy fuerte, balacean y apalean a los maestros y agarran a un grupo de normalistas, entonces hacen una asamblea y la gente colabora, coopera para sostener el movimiento. Yo veo a una de las maestras muy golpeadas, porque les remaron duro y entonces me indigné.

A mis diez años me indigné, ¿cómo es posible que el gobierno, la policía y los soldados a los que tanto admiro por su disciplina y su ejemplo cívico hayan hecho esto con mis profesores?, ése fue mi primer acto de indignación, yo tenía diez años de edad.

Fue un hecho vivencial y yo me quedé con el gusanito, cuando entro a la secundaria obviamente me encuentro con otros compañeros y decidimos formar un periódico mural, para hablar sobre la Revolución cubana, sobre la crisis de los cohetes en el caribe y tomamos la sociedad de alumnos de la secundaria, ahí aprendí a formar algo de linotipos, era buen redactor en ese entonces y tenía buena ortografía y eso me facilitó para ayudarle al comité y ahí fue la primera actividad.

Al llegar a la preparatoria, nos cayeron los grillos militantes del movimiento comunista, muchos de ellos habían sido militantes del partido, pero habían roto con el Partido Comunista, porque consideraron que el partido había cometido errores muy graves y eso había debilitado el movimiento comunista y se separaron y formaron la corriente espar-

taquista, esta corriente en un principio se llamó Liga del Movimiento Espartaco y estuvo fundada en un principio por José Revueltas, Eduardo Lizalde y por otro, un maestro que después fue subsecretario de Educación... La consigna de los años sesentas, después de los fracasos del movimiento ferrocarrilero, del movimiento magisterial y las represiones que hubo a electricistas y a petroleros, a los médicos, fue salirse del movimiento obrero e ir a las universidades. Los militantes tienen que ir a las universidades como una manera de protección y para generar una generación de cuadros que tienen que ser inducidos del movimiento obrero y generar una nueva mentalidad y trabajar con los obreros jóvenes, ése era el discurso”.

Generación dorada

Reconocerse como perteneciente a una generación significa descubrir que se poseen características identitarias en patrones culturales, experiencias comunes entre un grupo; en este sentido el entrevistado se reconoce como miembro de la generación del 68, generación de la izquierda que asumió la consigna: “El deber de todo revolucionario es hacer la revolución... Había que ‘crear dos, tres, muchos Vietnams’. Hacer otra revolución cubana, otra china, otra soviética, otra mexicana: hacer la revolución”.¹¹

Y sí existía en la expectativa de la o las izquierdas “hacer la revolución” se debía al contrario de lo que planteaban los manuales marxistas o a la interpretación de algunos textos clásicos del marxismo, a las virtudes de los resultados en primera instancia del modelo económico basado en las políticas estabilizadoras que permitieron el impulso de la política social que mejoró las condiciones materiales de vida de los trabajadores. Así como también el hecho de provocar movilidad social en algunos de los grupos que conformaban la “clase media”. Resultaba viable para la izquierda el proyecto de profundizar las reformas para producir los cambios políticos y sociales hasta ese momento no obtenidos. Así como enfrentar los desajustes producidos por el comienzo de la crisis económica y el autoritarismo del gobierno que afectaba a la clase trabajadora tanto en el salario como en las condiciones laborales, lo que evidenciaba cada vez más la necesidad de democratizar sus organizaciones sindicales.

“Éramos generaciones optimistas porque podíamos proyectar el futuro, vivíamos un presente de ascenso... Aquí el sesgo personal es que en ese ambiente de prosperidad relativa, del medio social, estaba embarcado en la militancia de izquierda y entonces ahí la esperanza no era tu prosperidad personal, la esperanza era la posibilidad cambiar el régimen político de este país y cambiar la organización económica para que, según el ideal, la gente tuviera un mejor nivel de vida, que el país superara la pobreza, pudiera superar el atraso y pudiera alcanzar un nivel de desarrollo adecuado a sus posibilidades, nivel de desarrollo que había estado negado por su propia historia. Entonces, ya el sesgo aquí es fuerte, porque entras dentro de la convicción de una utopía y una utopía que no es, aunque se asume de manera personal es colectiva y la conectas con el medio que transpire esa utopía colectiva”.

¹¹ H. Aguilar Camín, *op. cit.*, p. 15.

Rupturas

Aquellos que fueron jóvenes en 1968¹² y que participaron políticamente se les ha considerado como una generación de rupturas no sólo en el ámbito político-social, sino también en el cultural e intelectual producto de la obra de filósofos e intelectuales que venían planteando críticas al “socialismo real” por la falta de libertades de expresión, así como también, por primera vez, cuestiona las relaciones sociales en el ámbito privado. A algunos de estos autores se refiere el entrevistado, entre ellos destacan Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir y Hebert Marcuse. Los temas que se empezaron a discutir fueron los relacionados con la sexualidad y la condición de opresión de las mujeres. Entre los comentarios que menciona el entrevistado sobre los autores antes citados, retomo el referente a Wilhelm Reich, autor significativo que generó expectativas diferentes a la construcción de la relación de pareja:

“Hubo algo que a mi generación le sucedió, por primera vez nos cayó la obra de Wilhelm Reich y fue ponerle entendimiento científico a la conducta humana. Freud era un reaccionario y Jung por consiguiente. Pero con Wilhelm Reich revaloramos a Freud y revaloramos a Jung... empezamos a entender que el asunto de las relaciones humanas eran asuntos culturales, que había un hecho natural fundamental que era la perpetuación de la especie y que en torno a la perpetuación se hacían los proyectos de vida y que el problema es que los humanos necesitamos veinte años para madurar y empezar a vivir por cuenta propia, que es entonces un matrimonio estable, es un proyecto que dura mínimo veinte años, era un hecho socionatural pero y después... claro, todas esas preguntas nunca nos las respondimos, yo apenas me las estoy respondiendo, pero ahora sí, y ya qué”.

Movimiento estudiantil de 1968

Resulta congruente con lo antes señalado el énfasis del entrevistado al interpretar el movimiento del 68 como un movimiento moral que protesta por la violación a las garantías individuales y por la defensa de los derechos humanos, es decir, iniciar desde la izquierda la lucha democrática.

En este sentido, era el preludio de la presencia de los movimientos antisistémicos de las décadas de los setentas y ochentas que comenzaron a plantear la necesidad de que los cambios repercutieran también en la vida privada de los individuos, de ahí que algunos de los jóvenes militantes asociaran a la militancia con una nueva actitud ética frente a la vida, que derivaría en “la creación del hombre nuevo” capaz de lograr cambios cualitativos.

Sin el propósito de entrar aquí en polémica, con relación a que si el *ethos* estaba más relacionado con la idea romántica que se tenía de la presencia del Che en Bolivia, la irrupción de la guerrilla en algunos países latinoamericanos, incluyendo el nuestro, o de

¹² Véase Herman Bellinhausen, *Pensar el 68*.

la herencia de un cristianismo que después se convertiría en soporte ideológico de la praxis de la teología de la liberación en varios países latinoamericanos.

La intención es comprender la incidencia o repercusión de otras corrientes políticas filosóficas que le ofrecieron a la militancia de aquellos años otro carácter, por ejemplo el feminismo o los antes mencionados movimientos antisistémicos. De ahí que se rompa al menos en nuestro país con una dosis importante del conservadurismo y dogmatismo que caracterizó también a la izquierda latinoamericana de mediados del siglo pasado.

Además, el movimiento reunió la inconformidad ante el autoritarismo del sistema político mexicano y por parte de algunos grupos de un ajuste de cuentas pendiente debido a la brutal represión que había asolado a los movimientos obrero y campesino en décadas pasadas. Por otra parte, va a señalar tanto las limitaciones del propio movimiento y de la generación que actuó en él, como la trascendencia del mismo, a pesar de la negativa por parte de las autoridades del gobierno de reconocer una serie de hechos que ocurrieron durante el movimiento, así como a los responsables de los mismos.

“El movimiento del 68 abrió brecha ideológica. Sí, abrió también las posibilidades de un *ethos* social, de una moral social distinta y abrió una crítica a la organización y ejercicio del poder de la cual mi generación participó y encontramos los mecanismos para neutralizar la cooptación y la corrupción, eso es de lo que no se ha hablado del 68 o que se ha hablado poco.

Se generó una cultura de poder diferente, que creo que en parte se dilapidó, en parte no se reprodujo y en parte se perdió [...] ¿no?, yo creo que fuimos bastante cortos en la comprensión científica de nuestras convicciones reales para poder haber generado un proyecto alternativo, no digo que el proyecto de la clase obrera porque era chuparse el dedo, ni digo que era un proyecto comunista en el sentido tradicional que lo celebró el leninismo, pero sí un proyecto cultural alternativo con mayor cohesión, y nos enfrascamos en demasiadas polémicas, nos deterioramos por el propio síndrome del poder, y hubo discusiones serias, pero hubo discusiones muy banales...

Quedó una identidad simbólica y esa identidad, la batalla que se dio es por mantener esa identidad simbólica y como generación la mantuvimos y ese símbolo está ya plenamente identificado en la historia nacional, entonces es un punto de referencia, no se perdió, digamos, fue un triunfo político moral [...] no pasó a más, porque tampoco podía pasar a más o no teníamos la capacidad política de pasarlo a más, pero si tuvimos la capacidad de que no muriera”.

Década de los setentas

La década de los años setentas se caracterizó por la insurgencia sindical y en ésta la formación de los sindicatos universitarios, primero el de la Universidad Nacional Autónoma de México y después el de la Universidad Autónoma Metropolitana, que consiguió un solo contrato colectivo para trabajadores administrativos y académicos, situación que en esa época lo convirtió en un sindicato de vanguardia. Resulta interesante las reflexiones del entrevistado tanto por su experiencia como fundador del mismo, como el análisis

político que se hacía sobre el papel de los sindicatos y el interés por convertirlos en organizaciones sociales autónomas del corporativismo.

“En los años setentas en primer lugar a nosotros nos llegó el ambiente de la represión y vivimos, la gente que estuvimos, vivimos una situación muy crispada, sí, vivimos una situación de espionaje telefónico, de vigilancia a domicilio, de vigilancia en los salones de clase, una verdadera situación de terror psicológico...”

El otro asunto que yo vivo en ese entonces es que intento mi última etapa de militancia ¿no?, después del fracaso de los años sesentas de las represiones del 68 y de toda la guerra sucia del 75-76, eh, bueno, yo me, me meto a dos proyectos políticos, uno es una revista que es un trabajo más intelectual que no implica ningún riesgo directo y fuerte de momento y que es un trabajo totalmente anónimo. Yo tuve que resumir la obra completa de Lenin para un grupo de intelectuales de izquierda que trabajaba en este proyecto y sacábamos resúmenes de muchos trabajos, era un taller colectivo, semiclandestino que se dedicaba a resumir y a pasar las notas a las vacas sagradas y a alimentar la publicación de las revistas, y el otro proyecto en el que me metí fue el proyecto sindical [...] entrar desde el sindicato universitario podríamos formar un frente sindical nacional y desde el sindicalismo universitario podíamos, este, ahora sí...

Meterte con el movimiento obrero y poder formar una alianza para una opción política ya como que entrábamos a la madurez y como que podíamos entrar en un proyecto en donde ahora sí gritábamos desde nuestra condición...

[...] el movimiento de masas a mí me dio mucha claridad y muchas cosas, no claridad teórica pero sí lo que yo llamo claridad política, o sea, claridad de la alineación que tienen las cosas y qué problemas. Nosotros vivíamos un conflicto, un conflicto político, el problema de la democracia y el problema de la transformación radical de la sociedad, teníamos, éramos claros de lo que había pasado en la Unión Soviética, era, que se había resuelto de alguna manera el problema de la injusticia y que había más equidad, pero que el costo era el problema de la libertad. Eso, nosotros en 68, lo teníamos claro porque habíamos participado en el debate de los años sesentas, a través de muchos canales, entonces, la bronca es qué tipo de socialismo. Entonces, lidiar la utopía era pensar en un socialismo democrático... Dos, cómo vamos a transformar un país [...] sí el movimiento obrero en México no es socialista, sí el movimiento obrero en México es un movimiento laborista, nacionalista y charro, porque el término charro implica una mentalidad también [...] y donde ha prendido más es en los grupos campesinos, pero qué posibilidades tienen ellos de organizar una resistencia... Entonces, el primer planteamiento era cómo recuperar la iniciativa en el movimiento obrero después de las derrotas de los años cincuentas y sesentas, cómo aprovechar la nueva emergencia estudiantil para poder hacer un trabajo serio que permitiera organizar al movimiento obrero desde un poder alternativo, pero de entrada el movimiento obrero resulta que estaba totalmente cercado, cercado por direcciones corporativistas, cercado por la propia mentalidad de los trabajadores y que entonces el pensamiento socialista no podía aprehender en el movimiento obrero, no podía convertirse en una manera de ver la vida, sin negar que haya sindicatos, que haya obreros que tuvieran esa propensión, es decir, el grueso del movimiento obrero era un movimiento obrero despolitizado, y no solamente despolitizado [...] aculturado en el clientelismo, en las redes de compadrazgo, en la lealtad a las personas, no a los proyectos ni a las instituciones, y que ésa era la cultura política dominante en este país...”

Cambio generacional

En la última parte, el entrevistado hace un balance a propósito de lo que él llama cambio generacional, no sólo de la militancia política en las diferentes organizaciones políticas, o de los de izquierda en particular, sino también de la nueva composición político-social a partir del fin de un periodo histórico de crecimiento, que a partir de las políticas neoliberales cambiará el modelo del capitalismo y con éste la organización del trabajo y los derechos laborales. Si bien el entrevistado no alcanza a plantear el tema de la crisis de la izquierda (porque no lo pregunté), sí la sugiere, al referir la importancia que para los nuevos militantes va a tener la lucha electoral, al margen de la existencia de proyectos cualitativamente distintos de nación. Lo cual refleja la importancia que adquiere el tema de la democracia en los últimos veinte años. Así como insistir en el tema de la ideología, el compromiso colectivo y los aspectos éticos que según su interpretación existían con mayor nitidez en las generaciones pasadas, quienes sí se planteaban tanto un proyecto distinto de nación como el indisoluble vínculo entre ética y política. Para finalizar, estas últimas reflexiones.

“En primer lugar hay un cambio en el tejido, hay un desempleo de diez millones de personas [...] ¿de qué va a vivir esta gente? entonces el ambulante y el ambulante da pie a otra capa social que no existía, que en este país existía pero que era una capa social limitada y acotada... y se convierte en la principal capa social de este país. Yo todavía no la defino como clase y es la capa social mayoritaria de este país y eso va a cambiar todo el proceso. Yo le decía a un compañero, bueno la organización de la izquierda del partido del proletariado ¿con qué proletariado?, en un país de 105 millones de habitantes tiene seis millones de obreros y qué pasa con los 99 millones de personas, tienes tantos obreros como burgueses y medio burgueses y el resto estamos en el inter, ni somos obreros, ni somos burgueses, ni medio burgueses.

Yo creo que aquí cambió de paradigma [...] si no identificamos a los agentes sociales de nuevo tipo, si no entendemos cómo reproducen su vida cotidiana, no podemos entender cómo proyectan su mentalidad, ni podemos entender cuáles son los valores orientadores en los que creemos, por qué nosotros chocamos ahora brutalmente con el medio, por qué conservamos ese *ethos*, ese sentido de mito esperanzador de una época que ya no es, de una ciudad que ya tampoco es.

Entonces, aquí lo primero que uno tienen que hacer es aterrizar sobre el nuevo contexto social, cultural y político que se está viviendo en México...

Nosotros no hicimos política por el presupuesto. Estoy hablando de mucha gente que se va a involucrar en nuevos espacios sociales, aparecen las ONG, que son un espacio diferente al de los partidos, que frente a los partidos tienen muchas ventajas y también muchas desventajas, se diluye la idea [de] la lucha por el poder en el sentido que nosotros entendemos y aparece una idea de poder toda confusa. Finalmente, el poder está en las manos de quien ha estado siempre, el poder de este país terminó en las manos de los banqueros y los banqueros remataron parte de su poder, pero siguen teniendo una parte importante del poder, el control de los recursos financieros dentro y fuera del sistema nacional, hay una élite de unas cuantas familias que son dueñas del 40% de riqueza nacional [...] la diferencia entre las nuevas generaciones políticas y mi generación política es que nosotros hacíamos política en función de ideales y ellos hacen política en función del presupuesto, y de las posiciones del poder por el poder...

Entonces, bueno, esto se modificó de tal manera que la manera de pensar la utopía hoy es radicalmente distinta”.

Reflexión final

Para historiar la historia social del siglo XX resulta necesario el uso de nuevas fuentes (oral y visual) que ofrezcan la posibilidad de una mayor comprensión de la naturaleza de los movimientos políticos y sociales que se desarrollaron en este periodo y en éstos la praxis del sujeto. En el presente ensayo, con la finalidad de explicar la complejidad de la experiencia política no sólo como el resultado de la conciencia social, sino de otros aspectos que sólo pueden revelarse mediante la memoria, recurrimos a ella como herramienta central y materia que es sometida al análisis crítico del historiador o cientista social.

En este caso para insistir en la importancia que tuvo la dimensión ética en la praxis política de algunos militantes que formaron parte de una generación de la izquierda que se sentía próxima al futuro, y esa percepción la dotó quizás de una mayor creatividad que trataba de renovar prácticas, de poseer un sentido más crítico, pero sobre todo la embargaba un optimismo, a veces exagerado que hacía pensar que el futuro socialista era inminente. Se planteaban cambios para que el futuro fuera mejor, que éste existiera también para los explotados, y esto significaba acabar con las profundas desigualdades en todos los órdenes de la vida social mexicana.

Bibliografía

- AGUILAR CAMÍN, Héctor, *Pensando en la izquierda*. México, FCE, 2008.
- BELLINHAUSEN, Herman, *Pensar el 68*. México, Cal y Arena, 1988.
- HELLER, Claude, “La asistencia militar norteamericana a América Latina: una perspectiva política”, en *Cuadernos del CIDE*, núm. 4. México, segundo semestre de 1978.
- KOSELLECK, Reinhart, “‘Espacio de experiencia’ y ‘Horizonte de expectativa’, dos categorías históricas”, en Guillermo Zermeño, *Introducción a la teoría y metodología de la historia de México*. México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1994.
- MARINA, José Antonio, *Los sueños de la razón. Ensayos sobre la experiencia política*. Barcelona, Anagrama, 2003.
- PENSADO LEGLISE, Patricia y Gerardo Necoechea Gracia, “Memorias de la praxis política”, en *Voces recobradas. Revista de Historia Oral*, año 11, núm. 24. Buenos Aires, 2007.